

## **LAS LABORES DOMÉSTICAS**

**(Tomado de Mis recuerdos de La Güira, testimonio inédito sobre la Campaña de Alfabetización)**

**Adelaida Macías Saínez**

Como es sabido, una de las instrucciones principales que recibíamos los brigadistas era la de integrarnos totalmente a la vida de nuestras familias campesinas. Así, los varones se incorporaban a las tareas agrícolas mientras las muchachitas lo hacíamos a las labores domésticas.

Al principio las mujeres de la casa no querían que hiciéramos nada porque decían que no hacía falta, que nosotras habíamos ido a dar clases, pero poco a poco las fuimos convenciendo de que eso era parte de nuestras obligaciones, que con eso las ayudábamos un poco y de que nosotras no éramos ningunas *bitongas* (como se le decía a las niñas burguesas) para estar todo el día sin hacer nada o esperando solo para las clases.

Una de las primeras tareas del día era ir a cargar el agua al río, para lo cual empleaban un palo largo que se enganchaban al hombro, con dos cubos o latas de aceite colgados de los extremos, lo que requería mucha fortaleza y equilibrio si se tiene en cuenta que nuestra casa estaba en una pendiente en lo más alto del caserío con respecto al arroyo. Yo confieso que aunque colaboraba nunca llegué a equipararlas en eso porque era de admirar la fuerza que tenían aquellas mujeres que por su físico no lo representaban.

El agua de tomar se cargaba aparte y se depositaba en una tinaja con tapa que se guardaba en el tinajero típico del campo cubano, especie de casetica con una puerta de persianitas, donde el agua se mantenía fresca. El resto se almacenaba en tanques grandes. Habitualmente el cubo que cargábamos con el agua para bañarnos lo dejábamos en el patio, al sol, para que por la tarde estuviera tibia.

Para la ropa se cogían tres días de la semana: el lunes se lavaba, el martes se almidonaba y el miércoles se planchaba. Allí las bateas eran una caja de madera de forma rectangular puesta sobre unos horcones. Habitualmente había dos bateas, una al lado de la otra, y el lavado se hacía entre dos mujeres. Yo, al principio, comencé lavando solamente mi ropa y con el tiempo fui incursionando más en esta tarea hasta que llegué a compartir batea con Yaya o con Juana.

La ropa se separaba para lavar en la de las mujeres y la niña, la de cama y la que correspondía a los hombres en dos grupos: la menos sucia ¡y la del trabajo en el campo! A esta última generalmente se le daban de 3 a 4 ojos, siguiendo el procedimiento de pasar de una batea a la otra y repetir el proceso. Si alguien hubiera querido conocer hasta qué punto se compenetraba un hombre con el potrero que chapeaba, solo hubiera tenido que lavarle su pantalón de trabajo. Debo aclarar que en mi familia campesina había 7 hombres, así que imagínense ustedes.

Almidonar la ropa era una costumbre inviolable, que en el caso de los campesinos incluía hasta la ropa interior (que solo usaban para salir). Uno de nuestros mayores orgullos era ver cómo nuestros uniformes siempre brillaban después de planchados.

Los tabúes y creencias que imperaban en aquellos tiempos y lugares fueron algunas de las cosas contra las que tuvimos que imponernos. Por ejemplo, era verdad no

cuestionable para las mujeres del campo que si uno se bañaba después de planchar se *pasmaba*. Eso también era aplicable a otras cosas, como la de que uno no se podía bañar y mucho menos lavarse la cabeza cuando estaba con la menstruación. Y no faltaban las anécdotas de lo que le pasó a fulanita o menganita, que si se quedó loca, que si se puso boba, que si se murió, etc. Por eso veían con horror cuando nosotras violábamos eso, aunque ello les diera muestra de lo falso de esas creencias y, a la larga, tuvieran que acostumbrarse aunque no convencerse de nuestra forma de actuar. Por aquellas creencias, las mujeres se bañaban antes de planchar y hasta uno o dos días después no lo volvían a hacer.

Para esa tarea, a la que me aficioné con gran entusiasmo, se disponía la mesa de comer con alguna frazada o sábana ya en desuso que se utilizaba con ese fin y en el fogón de leña se preparaba una esquinita para ir colocando las planchas de hierro, que pesaban bastante, y que se iban alternando en la medida en que perdían calor. Para planchar se cogían con una especie de agarradera hecha con trapos y sobre otro se le quitaba el tizne para no ensuciar la ropa que se iba a planchar.

En la cocina contribuía en la preparación de algunos alimentos, como era pelar viandas, e invariablemente fregar. Los fregaderos de estos bohíos eran una pieza cuadrada de tablas, saliente en una de las paredes de la cocina, a partir de una abertura como la de una ventana, la que se completaba con una serie de tablillas de madera que a modo de paredes rodeaban la base, lo que simulaba una especie de jaulita, con o sin techo, y en algunos casos tenían allí mismo el platero, también de madera. Se fregaba con dos calderos, uno para enjabonar y otro para enjuagar, y el agua, sencillamente, se botaba al patio, que por ser de diente de perro y ondulado garantizaba un drenaje perfecto.

La limpieza del piso de tierra de la casa se hacía mediante el baldeo, que consistía en barrer primero y mojar después con unas escobas hechas de guano deshilachado. Esto tenía su técnica pues si se pisaba en la parte mojada se quedaban las huellas y se echaba a perder; después que se secaba se regaba con cenizas del fogón y quedaba impecable, parecía de cemento. De la limpieza de la casa hay que diferenciar la de la letrina y el baño, contiguos en una caseta fuera del bohío, en el patio, la cual estaba dividida con una pared de tablas. El piso se baldeaba con agua y la letrina, que era un cajón de madera rústica (con un hueco que daba a una fosa cavada en la tierra), se fregaba con un cepillo de cerdas duras.

Una operación que se hacía cada cierto tiempo era el fregado de los muebles, todos rústicos de madera sin barnizar ni pintar, que consistían básicamente en la mesa de comer, los taburetes -que constituían los únicos medios para sentarse- y el tinajero, lavándolos con cepillo de raíz.

Otras tareas eran ya más específicas, como la de fabricar manteca de corajo, pero esas requieren comentarios especiales.

Lo que sí podemos asegurar es que aquellas muchachitas que salimos un día de nuestras casas habaneras, donde habitualmente era bien poco lo que hacíamos, pudimos vivir en nuestra propia piel la dureza de la vida de la mujer campesina de entonces y junto a ellas enfrentar también esos obstáculos y vencerlos.